

DESPUÉS DEL 31 DE MAYO

UNA ACTUALIZACIÓN DEL PENSAMIENTO DE JOSÉ KENTENICH

Ignacio Serrano del Pozo (Ed.)

ÍNDICE

Prefacio 9

I PARTE: REFLEXIONES FUNDAMENTALES

Nuestra comprensión del 31 de mayo de 1949
Carta del Consejo internacional de la Obra de Schoenstatt 17
La profecía del pensar orgánico y el mecanicismo:
¿un mensaje difícil e intrasmisible? *P. Paul Vautier* 25
Recepción, reflexión y revivencia del 31 de mayo *P. Herbert King* ... 33
Diccionario sobre el 31 de mayo *P. Mariano Irureta* 53

II PARTE: INVESTIGACIONES ACTUALES

Mayo será feminista *María de los Angeles Miranda Bustamante* ... 69
Desde dentro: una aproximación pedagógica a nuestra misión
Hna. M. Lourdes de Pablo 83
El mecanicismo de Kentenich desde las tesis de la secularización
Ignacio Serrano del Pozo 101
La noción de vínculo en el pensamiento de José Kentenich
Hna. M. Teresa Olivares 117
La resiliencia en el P. José Kentenich *P. Otto Amberger* 135
Responsabilidad histórica y tercer hito *Hna. M. Amparo Villouta* .. 145
El Movimiento de Schoenstatt en las deliberaciones
de la Conferencia Episcopal Alemana 1943-1960
P. Joachim Schmiedl 165

III PARTE: RECAPITULACIÓN HISTÓRICA

La visión de la autoridad eclesial como contexto histórico
del 31 de mayo *P. Angel Lorenzo Strada Isabel Margarita González* . 179

LA VISIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIAÍSTICA COMO CONTEXTO HISTÓRICO DEL 31 DE MAYO

P. Ángel Lorenzo Strada

Ex postulador de la causa de beatificación del P. José Kentenich
Editado por Isabel Margarita González M.

Lo ocurrido el 31 de mayo de 1949 es abarcable desde varias perspectivas, pero tal vez una de las menos conocidas es la mirada desde las dudas que la Iglesia albergaba sobre Schoenstatt en ese entonces. Es probable que, al menos en parte, hayamos revisado el texto de la *Epistola perlonga*, o bien estemos enterados de las explicaciones que desde la perspectiva del Padre Fundador -José Kentenich- validaban la Obra y su modo de actuar. Sin embargo, las cartas y los textos enviados por el visitador Mons. Stein, y luego por el Obispo Tromp, no nos resultan tan familiares.

El padre Ángel Strada, al ser interrogado por estos asuntos, con mucha transparencia entregó una selección de textos que ayudan a formarse una visión más completa de las razones que llevaron a la Iglesia a decretar la total separación del P. Kentenich de Schoenstatt, aquellas que impulsaron al Fundador a escribir la extensa y profunda explicación de su actuación y, en buena medida, a descubrir él mismo la envergadura de la misión que Dios, por medio de la Santísima Virgen, había puesto en sus manos.

Es posible que estos mismos textos históricos ayuden al lector contemporáneo a percibir esa especie de 'diálogo de sordos' entre dos partes que intentaban comunicarse en dos frecuencias paralelas y a captar por sí mismo tanto el fondo del problema como sus horizontes.

1. Las primeras dudas sobre Schoenstatt

El origen del interés de la Conferencia Episcopal Alemana por investigar el Movimiento de Schoenstatt se remonta a la década del 30, época en la que ya se habían cuestionado las llamadas "ideas peculiares" de Schoenstatt, sobre todo en las diócesis de Tréveris y de Limburgo. Algunas de las principales críticas de ese entonces habían sido:

- Se rechaza la vinculación local de la Santísima Virgen María al santuario porque, al no haber milagros, no habrían señales seguras del origen sobrenatural del mismo.
- Se considera signo de "pedante exclusividad" afirmar que Schoenstatt es una "creación predilecta de Dios".
- Se estima que hablar de "contribuciones al capital de gracias" y de "poder en blanco" es usar una terminología propia del "corrupto ámbito de las finanzas".
- Se considera impropio pedir fe en la misión divina de Schoenstatt, pues tal misión no estaría confirmada ni por la magnitud de su éxito, ni por la gravedad de las dificultades por las que atravesaba Schoenstatt.
- Se rechaza considerar la Alianza de Amor como "contrato bilateral", porque Dios no puede ser obligado a sellar un contrato. En este mismo sentido, se estima que Schoenstatt utiliza expresiones "desacostumbradas", de "mal gusto" y "demasiado modernas".

Estas dudas hay que considerarlas además en el contexto del desarrollo de la Iglesia en Alemania, la cual, en ese tiempo, contaba con una notable red de organizaciones y asociaciones de diferentes tipos. La mayoría de ellas eran fruto de iniciativas laicales, inspiradas en la doctrina de la Iglesia, pero su estructura era conforme al derecho civil, no al derecho canónico, por lo que gozaban de mucha independencia respecto a la jerarquía. Estas agrupaciones tenían personería jurídica propia, manejaban sus finanzas autónomamente, elegían sus propias autoridades y se organizaban según sexo y profesiones (obreros, estudiantes). Algunas poseían un claro objetivo, intensos programas de formación y fuertes exigencias ascéticas; otras desarrollaban actividades esporádicas. Todas fueron perseguidas por Hitler; se requisaron sus sedes, encarcelaron a sus dirigentes y prohibieron sus publicaciones, pero aun así, en 1943 se constituye el Comité Central de los Católicos Alemanes.

Al terminar la guerra los obispos quisieron poner un nuevo acento, reducir un tanto la autonomía laical y, siguiendo el modelo de la Acción Católica, darle importancia a la parroquia y la diócesis. Por este motivo, la Conferencia Episcopal reunida en Fulda el 22 de agosto de 1945 decidió: "La pastoral de los cuatro estados de vida: hombres, juventud masculina, mujeres y juventud femenina, se construirá sobre el suelo de la parroquia. Se organizará diocesanalmente y bajo la dirección del Obispo. Los grupos existentes según profesiones y estados de vida también deben integrarse en este principio de orden. Lo mismo se aplica a la formación de nuevos gru-



pos, que solo puede tener lugar con la aprobación del Obispo. Los grupos supraparroquiales no deben ser excluidos, pero deben servir al principio de orden de la parroquia”.

En este contexto, lo que ocurrió después de finalizada la Segunda Guerra Mundial fue que se produjo un fuerte desarrollo de Schoenstatt y, a la vez, una convergencia de cuestiones que exigían clarificación. La Conferencia Episcopal Alemana decidió entonces que se ocupara de los temas o “ideas peculiares” de Schoenstatt una comisión especial, integrada por los obispos Gröber de Freiburg, Hilfrich de Limburg, Kolb de Bamberg, Stohr de Mainz y Bornewasser de Tréveris. Dicha comisión sería presidida por Mons. Kolb, Obispo de Bamberg.

Sin embargo, varios miembros de este equipo episcopal consideraban que una comisión como ésta no era suficiente en la clarificación de los temas problemáticos de Schoenstatt y sostenían que debía intervenir Roma.

En marzo de 1948, Mons. Landgraf, Obispo Auxiliar de Bamberg, ya había pedido que el tema Schoenstatt pasara al Santo Oficio, y en agosto, en la reunión de la Conferencia Episcopal, argumentó que no era posible afirmar que Schoenstatt fuera una obra del Espíritu Santo y una ocupación predilecta de María. En ese mes se redactó un “*Ultimatum*” a Schoenstatt que, por pedido del Obispo de Tréveris, no fue enviado. Dicho Obispo -Mons. Bornewasser- durante un tiempo consiguió frenar estos pedidos, argumentando que Schoenstatt pertenecía a su diócesis y que él se encargaría de solucionar los conflictos; sin embargo, la presión se fue haciendo cada vez más fuerte.

Por su parte, en la comunidad palotina alemana se hacían críticas semejantes que se extendieron en el tiempo. Incluso meses después de la Visitación, el superior general le escribió al P. Kentenich:

Estuvo aquí el superior regional de Austria, P. Stabel. Entonó el mismo cántico de quejas que los de Limburgo y Friedberg: “no sabemos lo que ocurre en Schoenstatt; somos comandados; en nuestras parroquias o en otras se mete la gente de Schoenstatt sin preguntar e incluso a veces contra nosotros...” Si usted o un delegado suyo no interviene tendré que hacerlo yo porque esta situación es intolerable. No deje que lleguemos a esos extremos.

(*Carta del P. Adalbert Tirowski SAC al P. Kentenich. Roma, 3 de agosto de 1949*).

Finalmente, el pedido formal de intervención del Santo Oficio lo escribió el mismo P. Kentenich en Nueva Helvecia, Uruguay, el 13 de febrero

de 1949, pero en él no solicitaba una comisión de estudio, sino el “envío de un hombre de confianza” para que, en el lugar, estudiara toda la Obra. Sin embargo, esta solicitud del Fundador llegó muy tarde, pues ya en enero el vicario general de Tréveris había informado a la Conferencia Episcopal que el Obispo diocesano había decidido por fin una visitación a Schoenstatt, la cual se llevó a cabo entre el 19 y el 28 de febrero de 1949.

La intención del Obispo Bornewasser era realizar una visitación canónica tanto doctrinal como disciplinar, y estaba dirigida a toda la Obra de Schoenstatt, no solo al Instituto Secular de las Hermanas de María, que era el más cuestionado por su relación con el P. Kentenich.

El visitador, Mons. Stein, entrevistó, entre otros, al P. Menningen; al P. Möhler (SAC), rector de la facultad de teología; al P. Köster (SAC), teólogo; al P. Mühlbeyer, representante del P. Kentenich, y a varios asesores del Movimiento, aunque la gran mayoría de las entrevistas fueron con superiores y educadoras de las Hermanas de María residentes en Schoenstatt, Vallendar.

2. La visitación canónica y los temas más cuestionados

Pese a las dudas descritas, tanto el arzobispo de Tréveris, Mons. Franz Rudolf Bornewasser, como su auxiliar, Bernhard Stein, tenían una excelente opinión respecto a Schoenstatt; sin embargo, hubo varios eventos que provocaron el cambio de actitud de las autoridades de la diócesis de Tréveris. Dos de ellos tuvieron bastante importancia. Durante la Visitación, con conocimiento de Monseñor Stein, el P. Kentenich, que estaba en Sudamérica, iba siendo informado sobre el proceso que el Obispo llevaba a cabo y sobre las objeciones que se iban despertando, especialmente las relacionadas con la pedagogía de las vinculaciones y el principio paterno. Esto lo impulsó a fundamentar dichos temas, pero su actitud no fue bien recibida por el Visitador:

Yo me hallaba por entonces en Sudamérica y creí descubrir en esa información una invitación a explicarle, desde mi lugar de estadía y de manera privada, algunas cuestiones pendientes. Por esa vía yo quería que estuviese en condiciones de cumplir cabal y ampliamente la labor que él tenía, a mi entender, ante el episcopado. Dichas cuestiones se relacionaban, sobre todo, con la pedagogía de las vinculaciones en conexión con el principio paterno.

El efecto que esa explicación tuvo en él fue el de un cambio completo de su opinión y actitud. A partir de entonces rechazó lo que había declarado con solemnidad en la conferencia de cierre. La

causa fue una sensibilidad fuertemente herida. Según su propia comunicación escrita, tres fueron los motivos. En primer lugar, se había molestado porque yo no esperé primero su informe oficial. A ello se agrega la opinión —de todos modos, equivocada— de que *ex profeso* se le habría impedido tomar conocimiento de ciertas cosas. Por último, el hecho —comunicado por mí— de que yo me hubiese dirigido en privado al procurador general de los palotinos en Roma para aclarar algunas cuestiones sobre los institutos seculares. (*P. Kentenich, Carta al P. Alex Menningen. Milwaukee, 20 de agosto de 1954*).

Por otra parte, el segundo motivo que contribuyó a cambiar la opinión que los obispos Stein y Bornewasser tenían de Schoenstatt fue el conflicto referido a la Hna. M. Anna (Pries), superiora general de las Hermanas de María. Desde la fundación del Instituto en 1926 ella había compartido con el P. Kentenich la conducción de la comunidad; sin embargo, nunca logró una relación de confianza con el Fundador, y entre ambos se dieron algunas dificultades. Atento a este contexto, estando en Argentina, el P. Kentenich consideró necesario modificar su postura sobre la aplicación del principio parental (“padre y madre” dirigen la comunidad) y hacer que la dirección del Instituto no fuera de por vida, sino que durara 12 años. Esto ocurrió durante la Visitación y, con posterioridad a ella, en febrero de 1950, para poder llevar a cabo el cambio establecido, en una jornada en Quarten, Suiza, la dirección general de las Hermanas en pleno presentó su renuncia. En esa ocasión el P. Kentenich aceptó la renuncia de la Hna. Anna, quien quedó como superiora de la comunidad en Suiza.

Los Obispos de Tréveris tomaron muy a mal no haber sido informados de esta problemática antes, durante y después de la Visitación; no comprendían que el P. Kentenich no haya visitado al obispo tras su regreso de Latinoamérica para informarle de los cambios que quería introducir en la estructura de gobierno de las Hermanas y consideraron que la renuncia de la Hna. Anna se debió a la presión moral ejercida por el P. Kentenich.

Por su parte, el P. Kentenich sintió haber tenido motivos sobradamente justificados para no haber vuelto a Alemania y los expresó en diversas cartas. En primer lugar estaba el tema de hacerse a un lado por el bien de la Obra misma, para que permaneciera en pie solo aquello que es sano y fuerte. En segundo lugar, para que la Iglesia observara a Schoenstatt en profundidad y pudiera captar su hondura y su trascendencia. Un tercer motivo era el de dar autonomía, independencia y solidez a su fundación; y por último, estaba el apremio que sentía por hacer de Schoenstatt una

obra internacional que abarcara el mundo entero para que María pudiera actuar y llevar a cabo su tarea:

No es por casualidad que yo le diera la espalda a Europa por tan largo tiempo. En mi ausencia la Familia, en sus diferentes agrupaciones e institutos, ha tenido la oportunidad de tornarse autónoma, localizar zonas de peligro, descubrir debilidades y luchar interiormente por un más fuerte vínculo al ideal y una mayor responsabilidad por la Obra. Todo lo mediocre y podrido, todo lo caduco puede y quiere desaparecer, debe caer.

(*P. Kentenich, Carta de mayo 1948. Nueva Helvecia-Uruguay, 6 de mayo de 1948*).

Muy gustoso seguiría su propuesta y emprendería el regreso si no hubiese asumido tanto trabajo en Chile, Argentina, Uruguay y Brasil. Tal vez, las cosas puedan darse también sin mi presencia inmediata. Quizás V. Exca. Rdma. ha advertido ya que he anhelado la situación presente y la he generado por todos los medios. Creí deber hacerlo en beneficio de la Iglesia.

(*P. Kentenich, Carta a Mons. Bernhard Stein. Santiago de Chile, 16 de octubre de 1948*).

No le resultará difícil percibir cuánto me interesa que la dirección de nuestra Familia de Hermanas sea capaz de gobernar. (...) La tarea de toda sana y lúcida dirigencia consiste en hacerse lo más prescindible posible, de tal modo que la Obra pueda existir con la debida independencia. Con mira a este fin, mi larga ausencia de la patria se convirtió en una necesidad imperiosa. ¿Se hace V. Exce. lencia una idea de cuán difícil es dirigir una comunidad femenina con tan pocos vínculos jurídicos como es nuestro caso? Aquí se trata de un nuevo tipo de mujer y de una comunidad femenina original.

(...) Sé que uno de los mayores riesgos asumidos en mi vida fue dejar sola a la Familia en tal situación. Pero así debía ser si ella había de estar a la altura de las futuras tareas.

(*P. Kentenich, Carta a Mons. Bernhard Stein. Villa Ballester/Argentina, 14 de marzo de 1949*).

Tampoco se corresponde con la verdad la opinión de que mi viaje tuvo la finalidad de eludir las autoridades eclesíásticas. Al revés.

El propósito fue ofrecer, con mi ausencia, la posibilidad de que se realizara un amplio examen. Por otro lado, existía también la convicción de que la Internacional era una necesidad urgente, no por último en beneficio de Alemania, y que la misma por el momento podía ser fundada únicamente por mí, ya que solo yo obtuve el pasaporte necesario.

(P. Kenenich, Carta a Mons. Franz Rudolf Bornewasser, arzobispo de Tréveris. Santa María/Brasil, 9 de agosto de 1949).

De este modo, podría decirse que la esperada visitación canónica -deseada tanto por los obispos alemanes como por el P. Kenenich- comenzó animada por un muy buen espíritu, pero mientras se llevó a cabo la mirada del Visitador fue cambiando y tornándose menos benevolente y más rígida.

Como resultado de esta primera visitación surgieron varios documentos con su respectivo intercambio epistolar. Los temas aquí tocados se desarrollan en los siguientes puntos.

2.1. El "camino especial" del Movimiento.

El primer gran tema que se distingue en el informe de la visitación del Obispo Stein al Movimiento de Schoenstatt es el que se refiere a su particular conciencia de elección. En este sentido, y aunque fue escrito más de dos años después de dicha visitación, un informe del Obispo de Rotenburg al P. Tromp (Visitador Apostólico) confirma la imagen de Schoenstatt que predomina en la Iglesia alemana desde el comienzo del cuestionamiento y explica, en buena medida, el ambiente generado en torno a Schoenstatt a fines de la década de los 40 y a comienzos de los 50:

El Obispo de la diócesis de Rotenburg considera que, en general, el Movimiento en su diócesis trabaja bien, pero afirma que hay tensiones con otros grupos. Se les acusa de exclusivismo y excesiva conciencia de misión: 'Desprecian a otros. No nos informan ni nos preguntan. Los sacerdotes son atendidos desde la Central y desde allí reciben directivas, no nos consultan para nada. La fundación de un instituto secular sacerdotal pone en peligro la autoridad del Obispo y crea tensiones en el clero'.

(Informe de Mons. Leiprecht, Obispo de Rottenburg, al P. Sebastián Tromp, 19 de septiembre de 1951).

Asimismo, en el informe de Mons. Stein se reconoce positivamente el espíritu religioso de los integrantes del Movimiento de Schoenstatt, el

generoso compromiso apostólico, etc., pero se critica su falta de integración en la pastoral ordinaria; el mesianismo y fanatismo de sus miembros, debido a una exagerada conciencia de misión; el secretismo y aislamiento: no informan, no invitan. Se critica también el uso de una terminología arrogante, p. ej. Schoenstatt es creación y ocupación predilecta de Dios:

El 'problema Schoenstatt' no es tanto de tipo dogmático-doctrinario sino más bien pedagógico-práctico. Su ideario teológico es, en cuanto a su contenido, ortodoxo y eclesial.

Los principios en los que se sustenta el sistema pedagógico de Schoenstatt son, asimismo, en lo esencial, correctos, y por lo tanto inobjektivos. No obstante, debido al resultado de la visitación canónica es necesario llamar la atención acerca de ciertos peligros, desviaciones y anomalías que pueden producirse, y que de hecho se han producido, como consecuencia de la aplicación práctica de principios dogmáticos y pedagógico-pastorales en sí mismos irreprochables. Y esto vale, a saber, tanto para el aspecto material cuanto para el formal de los métodos aplicados.

(Mons. Bernhard Stein, Informe oficial de la Visitación. Tréveris, 25 de marzo de 1949).

Años más tarde, el mismo P. Kenenich reconoce que a Schoenstatt, con su fuerte organización supradiocesana, le costó mucho asumir las nuevas líneas pastorales -más centralizadas- del episcopado alemán de la postguerra, dificultando esto aún más su relación con la estructura diocesana:

La Liga debe ser mucho más fuertemente una comunidad de apostolado y de trabajo en manos del párroco y no tanto una comunidad de educación. Ya en enero 1951 di esta divisa, pero hasta ahora no ha sido tomada en serio... La Liga debe ser además el principal portador del Movimiento de peregrinos.

Nuestro centramiento en Schoenstatt y la novedad de nuestro pensar y sentir hace muy difícil el arraigo e inserción en la parroquia como célula primera de la comunidad cristiana. Si no cambiamos de rumbo no podemos esperar que el episcopado y el clero diocesano tengan una actitud benevolente hacia nosotros.

(P. Kenenich, Carta al P. Alex Menningen. Milwaukee, 23 de noviembre de 1953).

2.2. La relación de Schoenstatt con la comunidad de los padres palotinos.

Otro tema del informe del Visitador fue el problema que Schoenstatt estaba generando dentro de la comunidad de los padres palotinos. Aquí también habían sentimientos encontrados, especialmente en relación a la confusión y tensiones que se producían con respecto a la autoridad. En este sentido, el acto de séquito de varios padres palotinos y sacerdotes diocesanos de Schoenstatt de enero de 1949, donde prometieron seguimiento incondicional al P. Kentenich, fue un ejemplo que no pasó inadvertido al Visitador, sobre aquello que, en el fondo, cuestionaba el superior provincial:

Estas cosas no tienen nada que ver con la integridad moral ni en primer lugar con la cuestión ascética del primer y exclusivo vínculo con Dios, sino más bien con una cuestión disciplinaria sobre el orden jurídico de la Iglesia. Se trata del tema de qué tiene prioridad aquí, la relación de lealtad a una persona, por muy destacada que sea, o la relación de obediencia a la autoridad eclesiástica.
(Carta del superior provincial P. Schulte al superior general P. Turrowski. Limburgo, 25 de enero de 1952).

Pero el cuestionamiento no se centraba solo en grandes hechos puntuales, sino que desde hacía tiempo que el tono cotidiano de una cierta segregación por parte de los schoenstattianos producía resentimiento:

Las dificultades se deben casi en su totalidad a que la Sociedad se siente prácticamente ignorada, eliminada y descuidada por los representantes de Schoenstatt, incluidos los Padres.
(Carta del superior provincial P. Schulte al superior general P. Turrowski. Santiago de Chile, 12 de agosto de 1949).

Por otra parte, en la discusión entre Schoenstatt y los padres palotinos comenzaba a abrirse un nuevo frente: la cuestión sobre la identidad de la Obra. ¿Era Schoenstatt una nueva fundación autónoma que asumía la idea de Pallotti de la Confederación Apostólica Universal? ¿O era solamente una actualización de la misión de Pallotti y, por lo tanto, una obra dependiente de los palotinos?

El Santo Oficio intervino en esta discusión con decretos otorgados en junio de 1956 y en enero de 1958, pero solo en octubre de 1964 el papa Pablo VI zanjó definitivamente el asunto, decretando la separación de ambas obras.

2.3. El lugar ocupado por la persona del P. Kentenich.

Muy relacionado al tema de la conciencia de misión y a la actitud de los schoenstattianos frente a la autoridad eclesial, un tercer tema —y sin lugar a dudas el más contundente— que se distingue en el informe de Mons. Bernhard Stein en su primera presentación ante la congregación de religiosos en Roma es la fuerte vinculación de los miembros del Movimiento al P. Kentenich, por lo que, en gran medida, el cuestionamiento del Visitador se centra en la persona del Fundador:

La meta de los principios pedagógicos de Schoenstatt es el 'hombre schoenstattiano', es decir, un hombre que, a través de la *Mater Ter Admirabilis* —bajo esa advocación se venera la imagen de la Santísima Virgen en el santuario de Schoenstatt—, está unido a Cristo y, por eso, es apto para suscitar e introducir una verdadera comunidad cristiana. Aunque esos principios son buenos considerados en sí mismos, en virtud de la forma en que se los aplica en la práctica traen consigo peligros no insignificantes, peligros que, ostensiblemente, deben atribuirse sobre todo a la fascinante personalidad del P. Kentenich.

En efecto, los miembros de la Obra, y sobre todo las Hermanas de María, están interiormente vinculados de tal manera al P. Kentenich que el juicio y la voluntad del P. Kentenich son para ellos en la práctica la norma última de acción (con el abandono de su libertad y de su decisión personal).

La base fundamental del instituto de las Hermanas de María de Schoenstatt es su carácter familiar. La autoridad suprema, a saber, el director general (P. Kentenich) y la superiora general, son los 'padres', es decir, 'padre de la familia' y 'madre de la familia'. Las hermanas son hijas o niñas. Pero, en la práctica, la 'madre de la familia' está totalmente sometida a la voluntad del 'padre de la familia', que para todas las hermanas se equipara a Dios ('Yo soy para usted el buen Dios').

(...) En las pláticas del P. Kentenich a las hermanas, en las oraciones y los cantos, con textos compuestos por él o por las hermanas, queda a menudo la duda acerca de si, con la palabra 'padre', se ha de entender a Dios Padre o al P. Kentenich. Por eso, el centro de la Obra de Schoenstatt —una obra realmente magnífica que por su vitalidad y entusiasmo descuella entre otras obras semejantes de la Acción Católica— se ha desplazado en los

últimos años más y más y de manera ostensible del santuario de Schoenstatt a la persona del P. Kentenich.

(...) Muy sospechosa resulta, por último, la forma de comportarse del P. Kentenich ante la Iglesia o los obispos, tal como él la manifiesta claramente una y otra vez. Con ocasión de la visita canónica, las hermanas y otros miembros de Schoenstatt no trataron con el Visitador con la debida apertura, y ello como consecuencia de la educación del P. Kentenich. Además, el P. Kentenich respondió al informe del Visitador, que le fue remitido por el Obispo de Tréveris, con extensas consideraciones, en las que rechaza como errores las concepciones del Visitador. Cuando el Obispo reafirmó después las exigencias y conminó a su cumplimiento, el P. Kentenich aceptó el informe del Visitador, pero sin modificar su propia opinión. De regreso en Alemania, el P. Kentenich permaneció dos meses en Schoenstatt, pero no visitó al Obispo del lugar.

Tras sopesar cuidadosamente todas las circunstancias parece improbable que el P. Kentenich se aparte en el futuro de los métodos arriba descritos.

(Mons. Bernhard Stein a la Congregación de los Religiosos. Roma, 18 de abril de 1950).

Ciertamente, lo observado por el Obispo Stein en Schoenstatt, unido a los reclamos de otros obispos, párrocos y destacados palotinos no eran detalles menores, pero el P. Kentenich consideraba que esas formas cuestionadas debían ser entendidas tomando en cuenta su trasfondo más amplio y profundo.

Efectivamente, después de su paso por el campo de concentración de Dachau, el P. Kentenich llegó a la convicción de que para servir a la unidad del Movimiento en la creciente variedad de sus ramas y en su expansión internacional, humanamente hablando, debía colocarse él en el centro, aceptar actos de seguimiento filial y promover la solidaridad con su persona como reflejo e instrumento de Dios Padre. Afirmaba que había llegado el momento de “salir de las catacumbas” y presentar a la Iglesia la experiencia de Schoenstatt, su espiritualidad y teología como un aporte a los desafíos planteados por los tiempos modernos. Esto implicaba luchar contra una forma de pensar, vivir y amar que como un muro o un bacilo veía que impedía una auténtica espiritualidad mariana:

A partir de Dachau y a diferencia de mi proceder en años anteriores, yo procuro por todos los medios plantear con energía las cosas, poner de relieve los contrastes, hacer tomar conciencia y trabajar para lograr una inequívoca claridad. Me siento obligado a ello tanto en beneficio del Movimiento de Schoenstatt como de todo el catolicismo en el ámbito alemán. Estoy convencido de que se trata de cuestiones, asuntos, procesos de vida y principios de los cuales depende la suerte de Occidente en su próxima etapa histórica.

Usted sabe que he publicado el *Hacia el Padre* con la intención de generar un debate crítico en todo el episcopado. Desde ese mismo punto de vista el resultado de la Visitación fue para mí bienvenido. Porque si en la espiritualidad reinante en Alemania no se hace una crítica constructiva nuestro Movimiento topará con un impedimento difícil de sortear debido a las demás cargas que sobrelleva como consecuencia de la situación de la guerra y posguerra.

Lo mismo vale cuando se trata de la lucha del catolicismo alemán contra el bolchevismo. Si no se supera el pensar mecanicista, sin quererlo ni advertirlo se le preparará el terreno, en todas partes, al enemigo mortal del cristianismo, abriéndole las puertas de par en par.

Sé que mi comienzo, hablando humanamente, parece bastante dudoso, incluso temerario. Pero si a pesar de ello y tras muchos años de revisión y reflexión continué esforzándome en esta línea, entonces debe ser grande la seguridad interior de que así se está cumpliendo la voluntad de Dios.

(P. Kentenich, Carta al superior general P. Adalbert Turowski. Quarsen-Suiza, 22 de febrero de 1950).

Es un hecho que esta actitud que el P. Kentenich asumió después de Dachau no fue comprendida por varios superiores palotinos, ni por un muy pequeño grupo de Hermanas de María ni por la gran mayoría de los obispos alemanes. Se llegó a creer que la estadía en el campo de concentración había afectado su salud psíquica. En cartas se lo califica de terco, inflexible, de incapaz de dialogar ni aceptar críticas y de promover el culto a la personalidad:

El P. Kentenich no sabe cuán increíblemente seguro y conciente de sí mismo es, impresiona su manera de ser y en qué medida la tesis básica de la corrección e importancia de su propia misión es el punto de partida y la medida para todo.

(Carta del superior provincial P. Heinrich Schulte al superior general P. Adalbert Turowski. Limburgo, 25 de enero de 1952).

El P. Kentenich sabía muy bien lo que se le criticaba, pero no quería que la discusión se centrara en esos temas sin que antes se debatiera en profundidad y se llegara a comprender su postura de fondo:

Probablemente sabes mejor que yo lo que se me reprocha en círculos episcopales alemanes. Apunta en la dirección de que no soy capaz de escuchar a un representante de la autoridad eclesial, que trato a mi interlocutor como a un alumno a quien tengo que darle una lección.

(P. Kentenich, *Carta al P. Alex Menningen, Milwaukee, 24 de marzo de 1964*. En: P. José Kentenich, *Von menschlicher oder prophetischer Klugheit. [Sobre la prudencia humana o profética]*, ed. P. Hug, *Monse Ston 2004*, p. 33).

De este modo, si bien para la Conferencia Episcopal la Visitación fue entendida como una sentencia, para el P. Kentenich fue, en primer lugar, el comienzo de la discusión que esperaba que se diera, en relación con preguntas vitales para el cristianismo y no sobre el seguimiento de disposiciones disciplinarias. Por eso, para entender la brecha entre ambos bandos, hay que tener en cuenta cuán grande era la diferencia entre vieja y nueva playa; entre la Iglesia preconiliar y la Iglesia que anunciaba el P. Kentenich, y recordar aquellas premisas que siempre siguió el Fundador: que la franqueza pertenece a la obediencia y que Dios habla tanto por medio del superior como también del súbdito, y que ambos deben saberse dependientes de su voluntad. Esto, que con la mentalidad moderna suena bastante evidente, tuvo que ser recordado en el Concilio.

En este contexto de falta de sintonía, el P. Kentenich captó que en todos los cuestionamientos su persona se presentaba como el punto neurálgico de los problemas; sin embargo, su fe en que Dios lo había puesto con un fin trascendente en esa posición dentro de la Familia no cesó jamás:

Desde el principio hasta el final toda la Visitación, con sus cambiantes telones de fondo y con clara unilateralidad, estuvo dirigida contra la cabeza de la Familia. (...) La red que me envolvió con el tiempo fue tan complicada y la distancia de los acontecimientos es aún tan poca que debemos dejar para más adelante la clarificación adecuada y el total desenredo de la red. Puede que todavía transcurra algún tiempo hasta que la historia diga la última palabra. (...) Como un hilo conductor en todas las determinaciones se encuentra que la Obra debe permanecer, pero debe ser separada ra-

dicalmente del instrumento, vale decir, del Fundador. La consigna fue dada por Tréveris, asumida por Roma y desde allí llevada a cabo con todos los medios disponibles del poder y la desvalorización personal.

(P. Kentenich, *Carta al P. Alex Menningen, Milwaukee, 20 de julio de 1953*).

El P. Kentenich era el primero en sentirse como un instrumento escogido, el primero en creer que Schoenstatt era un claro signo de la voluntad de Dios para los tiempos venideros; el primero en creer en esa misión y entregarse a ella con todas las fuerzas de su espíritu. Por eso, años más tarde, en el tiempo del exilio, interpretando la historia, escribió:

En el marco de la ley de la puerta abierta y de la resultante creadora, los años de la persecución (del Nacionalsocialismo) le estamparon muy claramente a la Familia el sello de la misión divina. De tal modo que en dicho sello se vio inequívocamente la señal para marchar hacia el foro público de la Iglesia en Alemania y en los países de ultramar. La cabeza de la Familia se había mantenido en una actitud de reserva –casi se podría decir de ocultamiento–, amalgamado con los suyos, siguiendo el mismo paso con sus seguidores. Pero ante tales señales, abandona la reserva y se pone al frente, como un abanderado o pionero, o –hablando con terminología de Pallotti–, en calidad de heraldo de Schoenstatt, para promover en todas partes, tanto en la patria como en los países de ultramar, la confrontación con Schoenstatt y su misión. En la patria esto ocurre mediante la publicación del *Hacia el Padre*. En los países de ultramar mediante los viajes apostólicos alrededor del mundo para difundir Schoenstatt y mediante la construcción de santuarios filiales.

(P. Kentenich, *Chronik-Notizen [Apuntes para la crónica]*, *Milwaukee, 1957/1958*, págs. 546-547).

3. La extensa respuesta del P. Kentenich a la visitación canónica

La respuesta al informe de Mons. Stein, la así llamada *Epistola perlonga*, tuvo una especial relevancia en el conflicto con la diócesis de Tréveris y, en menor medida, con el episcopado alemán. Pero este extenso documento –de tanta significancia para Schoenstatt– estuvo precedido por 13 cartas escritas por el P. Kentenich al Obispo Stein, la primera con fecha 4 de marzo, y la última, 19 de abril. En todas ellas se dirigía con apertura y



honestidad a la autoridad eclesiástica con el fin de explicar y contextualizar los factores que se le cuestionaban y que para él no tenían ninguna importancia. El P. Kantenich solo deseaba que se focalizara la Visitación en el lugar que estaba llamado a ocupar Schoenstatt en la historia de la Iglesia y de la salvación.

Además de las cartas, consta que Mons. Stein leyó y estudió las cinco entregas del documento. Probablemente fue el único obispo que lo hizo.

En la *Epistola perlonga* el P. Kantenich tomó postura frente a las críticas contenidas en el informe oficial del Visitador. Tenía plena conciencia de la importancia del paso que estaba dando al enviársela:

Con la entrega solemne que hacemos de este trabajo aceptamos una carga que hombros humanos no pueden llevar por sí solos. Pero también esperamos para Occidente, sobre todo para Alemania, una gran bendición. Contaba con la posibilidad de que el trabajo (la extensa carta) 'hiriera nobles corazones allá en la patria' y que se formara un 'frente común poderoso y unido de hombres influyentes en contra mío y de la Familia'. Incluso no descartaba que su intento de aclaración fracasara completamente, pero no dudó en afirmar: 'Sin embargo, no podemos sentirnos dispensados de correr este riesgo. Quien tiene una misión ha de cumplirla, aunque un salto mortal siga a otro. La misión de profeta trae consigo suerte de profeta'.

(P. Kantenich, *Plática del 31 de mayo de 1949 en el santuario de Bellavista*).

La reacción oficial del obispo de Tréveris fue el envío el 22 de julio de 1949 de las resoluciones de la conferencia episcopal decididas en agosto de 1948, es decir, nueve meses antes de la *Epistola perlonga*. Se le exige a Schoenstatt mayor apertura, mejor información, más inserción pastoral, renuncia a expresiones que suenan arrogantes, etc. No hay ninguna mención a la *Epistola perlonga* ni a la problemática analizada por el P. Kantenich en esa carta. Este es el texto de las resoluciones:

La conferencia plenaria de los Obispos de las diócesis alemanas, reunida en Fulda del 24 al 26 de agosto de 1948, tiene grandes reticencias sobre ciertas formas de piedad, organización y propaganda del Movimiento de Schoenstatt. Por eso se ve obligada a plantearle las siguientes exigencias a la Dirección del Movimiento de Schoenstatt:

1. Desístase de hablar sobre una 'multiplicación del Capital de Gracias' en virtud de los méritos de los miembros y de la locución 'contrato bilateral'. Evítese en lo posible designar a Schoenstatt como 'creación predilecta' e 'instrumento predilecto' de Dios, ya que suena equívoco y arrogante.
- 2a. Se solicita a la Dirección de Schoenstatt presentar al Ordinario del lugar todas las publicaciones, manuscritos y cartas circulares.
- 2b. La Dirección de Schoenstatt se compromete a retirar de la editorial el libro *Hacia el Padre* y no emplearlo más en el futuro.
3. La Dirección de Schoenstatt se compromete a procurar que en las homilias y conferencias se omitan las locuciones mencionadas en el n. 1; a que no se hable tanto de 'Reino de Schoenstatt' sino de 'Reino de Dios'; a que en todas las ramas del Movimiento el Movimiento de Schoenstatt aparezca, en la palabra y en la letra, y mucho más de lo que ha sido hasta ahora, como miembro integrado al organismo total de la Iglesia, evitando toda unilateralidad, exclusividad y arrogancia.
4. La fundación y consolidación de grupos de Schoenstatt en las diócesis solo puede hacerse con el permiso del Ordinario del lugar.
5. Los sacerdotes que pertenecen a Schoenstatt deben ser instruidos por la Dirección para que presenten al Ordinario del lugar un informe completo sobre el trabajo en el Movimiento de Schoenstatt. No debe existir ninguna 'disciplina de arcano' ante el Ordinario del lugar. Sin venia expresa del Ordinario del lugar no puede emplearse oraciones y canciones de Schoenstatt ni en la iglesia ni en la catequesis.
6. Evítese todo lo que en el plano pastoral y social pueda hacer aparecer a los sacerdotes de Schoenstatt como un grupo especial dentro del clero diocesano. Instrúyase a los sacerdotes para que no hagan propaganda exclusivamente para las Hermanas de María y para el ingreso a las Hermanas.
7. En cuanto a la propaganda oral y escrita, la Dirección evitará y prohibirá toda exageración y fanatismo. En las misiones no debe tolerarse una propaganda general por Schoenstatt.
8. A través del Ordinario del lugar y dentro de un plazo que expira el 10 de agosto de 1949, la Dirección del Movimiento de Schoenstatt hará una declaración obligatoria en la cual consignará que toma conocimiento de los siete puntos arriba expuestos y cumple con las disposiciones contenidas en los mismos. Dentro

